

sacó del sobre en que iba encerrada, y leyó lo siguiente: «Insigne Maestro: A usted, que tiene la cabeza llena de música; á usted, que conoce los más íntimos secretos de las corcheas; á usted es á quien debo dirigir esta solfa, para que antes que nadie sepa la gran noticia de mi feliz inspiración. Sí, ilustre músico; aquella fuga de que hablábamos hace tres horas, y que á usted le parecía tan difícil, ha salido como una seda. Fué pensarlo y hacerlo, coser y cantar, un momento de inspiración sublime, un golpe de genio. ¡Qué fuga, señor maestro, qué fuga!.. Estoy loco de alegría, porque me parece que empiezo á tener juicio. Léale usted á Luis inmediatamente estos renglones, que escribo á escape en la mesa de un café, con mal papel, con malísima tinta y peor pluma..., y hagan ustedes el favor de quedarse con la boca abierta..., en señal de asombro.

»Si me vieran ustedes, no me conocerían... ¡Qué transformación!.. Yo mismo no me conozco... Me miro por fuera, y no soy el mismo; me miro por dentro, y soy otro... *Dan, dan, dan, dan...* Este es el primer toque de la campana, que avisa para que los viajeros vayan instalándose en sus respectivos coches. El tren va á partir, yo he tomado ya mi asiento de tercera; voy á viajar como un príncipe.»

Luis dejó de leer sin quitar los ojos de la carta, y su madre le dijo:

— Sigue, sigue.

— No dice más, señora — advirtió el músico.

— En efecto — añadió Luis, — aquí concluye la carta.

Los tres, como Montero les advertía, se quedaron con boca abierta en señal de asombro.

CAPÍTULO VIII

Á SAN JUAN DE LUZ

Evidentemente el coronel Montero se había propuesto volver locos á sus más íntimos amigos y á sus más encarnizados perseguidores, pues mientras el comerciante de cuadros, el astuto Moncada, proseguía en el obstinado empeño de darle caza, Luis, su madre y el músico se devanaban los sesos en secretas conferencias, tratando de averiguar por dónde había podido escaparse.

La vigilancia establecida por la policía alrededor de aquella manzana de casas, hacía inverosímil toda tentativa de evasión por la calle; por consiguiente, debía haber encontrado la puerta de escape de tejas arriba; esto es, por las buhardillas; mas admitiendo la imposibilidad de llegar por los tejados á cualquiera de las casas vecinas que formaban la manzana, la misma dificultad les cerraba el paso; habría tenido que salir por la puerta de alguna casa, y todas las puertas estaban vigiladas.

Era preciso renunciar á semejante hipótesis, á no suponer que hubiera podido de un salto increíble trasladarse de un tejado á otro, dejando la calle en medio.

Bajaban, pues, de las buhardillas, renunciando á hacer nuevas indagaciones sobre los aleros pendientes de los tejados. Bajando, bajando, llegaba la discusión del caso hasta arrastrarse por el suelo, buscando en la obscuridad de los sótanos el rayo de luz que no habían podido encontrar

en las claridades de los últimos pisos, cuando Luis se dió una palmada en la frente.

— *Eureka* — dijo.

— Su madre y el músico lo miraron atentamente, pues aun cuando ninguno de los dos sabía griego, y ambos á la par ignoraban hasta las nociones más elementales de la lengua latina, comprendieron por el ademán el sentido de la palabra *Eureka*, y la tradujeron mentalmente, diciendo cada uno para sus adentros: ha dado en el *quid*. Luis añadió con profundo convencimiento:

— Es evidente, se ha escapado por la alcantarilla.

— Sin duda — exclamó el maestro. — Hemos estado muy torpes. — La cosa es clara, clarísima; es más fácil escurrirse como una rata que volar como un pájaro. Sí, señor; ha sido una fuga subterránea.

— Poco á poco — advirtió la madre. — ¿Tienen ustedes noticia de que haya alguna comunicación abierta? Me parece que esa suposición es tan descabellada como las otras. A lo menos, ¿si hubiera tenido tiempo para abrir una mina?.. Pero creo que no llevarán ustedes el empeño de explicarse la evasión del coronel hasta el punto de creer que las paredes se han abierto para darle salida. Por testarudo que sea, me parece á mí que no habrá intentado horadar los cimientos de la casa golpeándolos con la cabeza.

— ¡Oh! — exclamó el maestro. — Eso es indudable, tanto más cuanto que su cabeza debía estar aún muy débil de resultas de la herida.

— Hay — siguió diciendo la madre — una suposición probable.

— ¿Cuál?.. — preguntó Luis.

— Imagínate que ha sobornado á cualquiera de los que vigilan las puertas de las casas, y ya ves, en ese caso su evasión es bien natural.

— ¡Diablo!.. — dijo el maestro. — Eso debe ser... Usted, señora, ha dado en la tecla. Estábamos en Babia. No hay que darle más vueltas al asunto; el oro todo lo puede.

Luis replicó:

— No tengo por cosa difícil que cualquiera de los que vigilan las puertas se dejara sobornar; mas ya sabemos que desde la mañana del día en que el Sr. Moncada nos hizo la visita, la policía secreta, estratégicamente colocada, nos tiene sitiados de día y de noche; por consiguiente, no le bastaba sobornar á uno, era preciso sobornar á muchos.

— No veo en ello — advirtió el maestro — ningún inconveniente.

— Yo encuentro uno — se apresuró á decir Luis, — uno insuperable. ¿A quién podía sobornar, en mangas de camisa y sin un cuarto en el bolsillo?

— Eso no tiene réplica — añadió el músico.

— En ese caso — dijo la señora, — será preciso convenir en que no ha salido por ninguna parte.

El maestro se inclinó en ademán de asentimiento, y Luis y su madre se echaron á reír sin poder contenerse.

— Quiero decir — añadió — que el coronel nos va á volver locos con su incomprensible fuga; no sabemos hablar de otra cosa, y siempre sacamos en limpio que no ha podido huir por ninguna parte; pero entonces, ¿cómo nos escribe desde la mesa de un café, indudablemente del café de la estación, á punto de tomar el portante, Dios sabe para dónde?.. He ahí lo extraordinario.

— Contentémonos con saber que se halla lejos del peligro que le amenazaba.

Al oír estas palabras en boca de su madre, hizo Luis un gesto de duda, y ella le preguntó:

— ¿Desconfías?

— No las tengo todas conmigo; hace cinco días que espero noticias seguras que me tranquilicen, pero no lle-

gan. Él ha debido dirigirse al extranjero, y ya ha tenido tiempo de escribirme. Mas... ¡quién sabe lo que puede haberle sucedido en el camino!

— No participo de tus temores, hijo mío; Dios ha salvado á Montero, no lo dudes. Las malas noticias corren mucho... Todos las dan como si quisieran salir de ellas. Imagínate tú si á estas horas no nos habrían atronado los oídos los ciegos de Madrid gritando: «El suplemento á *La Correspondencia*, con la captura del coronel Montero.»

Esta conversación se había suscitado en los postres del almuerzo, y la madre de Luis pronunciaba sus últimas palabras, preparando el café para el músico y para su hijo, que nada tuvieron que replicarle.

Por vigésima vez el asunto parecía agotado, y la madre, el hijo y el maestro comenzaron á tomar café silenciosamente.

Antes de apurar las tazas con el último sorbo, entró en el comedor Eusebio, el criado de Luis, y puso en su mano una carta.

— ¿Quién la ha traído? — preguntó al tomarla.

— El cartero — contestó el criado.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

Rasgó el sobre, y desdobló el pliego que contenía.

— ¡Bravo!.. — exclamó mirando el principio y el fin del escrito. — Esta vez no se le ha olvidado ni la fecha ni la firma.

— ¿Carta de nuestro hombre? — preguntó el músico.

— Del mismo.

— Señora, ahora vamos á salir de dudas; en esta carta nos explicará el misterio.

— Oigan ustedes — dijo Luis.

Soltó el maestro la taza que tenía en la mano, cruzó la señora los brazos sobre el pecho, Luis leyó lo siguiente:

San Juan de Luz, 29 de Julio de 1866.

«Salí de Madrid con ánimo resuelto de no parar hasta París, mas tuve que detenerme en *Hendaye*, en atención



Entró Eusebio, el criado de Luis, y puso en su mano una carta

á que mi pobre bolsillo se hallaba agotado. Supe allí que en San Juan de Luz se encontraba un amigote muy rico, con quien hace mucho tiempo tengo yo cuenta abierta, y sin más reflexiones tomé el camino de San Juan de Luz, donde, en efecto, encontré lo que buscaba. Al verme dió

un paso atrás..., el bribón no quería conocerme; pero no tuvo más remedio, y reconociendo al fin la identidad de la persona, soltó una carcajada y me echó los brazos al cuello. «Por ahora – le dije, – necesito más de tu bolsillo que de las demostraciones de tu afecto.» No fueron necesarias más explicaciones, y aquí me tienes suntuosamente instalado en una preciosa casa, que blanquea á dos tiros de fusil del pueblo, medio escondida entre los castaños que le dan sombra. A la izquierda se levantan las agrestes cumbres del Pirineo, que se empinan atrevidas como si quisieran escalar el cielo; delante tiende el Océano sus olas agitadas, que braman empujándose unas á otras, como si quisieran tragarse la tierra; á la derecha...; mas, chitón..., á la derecha no puedo decirte lo que hay. En cambio te diré cómo, pensando no parar hasta París, he resuelto quedarme en San Juan de Luz.

»Imagínate que en cuanto me vi dueño de mi vida, de mi libertad y de los maravedises indispensables para pasar cómodamente el verano, me asaltó la idea de que yo era el hombre más afortunado del mundo; todo me salía á pedir de boca. La casualidad es por su naturaleza estúpida, no tiene conciencia del mal ni del bien que hace; por consiguiente, atribuirle los beneficios que recibimos es la suprema ingratitud, porque es eximirse de agradecerlos. Yo sentía en aquel momento dos grandes necesidades: la necesidad de comer algo, y la necesidad de agradecer mucho. A un mismo tiempo se disputaban el dominio de mi pensamiento dos ideas bien distintas: la idea de un biftec, y la idea de la Providencia divina; me encontraba entre la fonda y la iglesia, y por primera vez de mi vida preferí la iglesia á la fonda. Entré, y se doblaron estas rodillas rebeldes, y se inclinó esta cabeza insensata, y repetí muchas veces en el fondo de mi corazón: «Gracias, Señor, gracias.» Me levanté después de algunos minutos, tomé agua

bendita con la punta de los dedos, y me santigué, diciendo: «Ahora á París.» Mas en esto cruzó por delante de mis ojos una sombra que, al mismo tiempo que yo, salía de la iglesia, y me quedé atónito, absorto, estupefacto. Era una aparición que llenaba la medida de mi deseo, en vista de lo cual decidí quedarme en San Juan de Luz, resuelto á dar la batalla. He tomado una posición estratégica desde la que espío atentamente todos los movimientos del enemigo; y aquí me tienes en campaña, sin atreverme á romper el fuego. ¿Te parece todo esto desatinado?.. Pues ten paciencia, y vamos al grano.

»El calor de julio es insoportable en Madrid, y más insoportable el de agosto. Sérs, pues, un hijo sin entrañas si consientes que tu madre no salga de esa atmósfera abrasada, para venir á respirar estas brisas saludables. Aquí le tengo su aposento preparado, tú tienes el tuyo, y nuestro músico insigne el suyo. El viaje se dispone en cinco minutos; de manera que recibiendo esta carta á las doce del día, podéis salir en el tren de las ocho, y aún os sobran siete horas y cincuenta y cinco minutos. Conque... á San Juan de Luz... ¿No?.. Pues entonces disponte á darme un abrazo, porque iré yo mismo á buscarte.»



Entré, y se doblaron estas rodillas rebeldes

Aquí concluía la carta, y Luis, doblándola con aire pensativo, dijo:

— Es muy capaz de hacerlo como lo dice.

— ¡Friolera! — añadió el maestro. — Es una cabeza destornillada. ¡Mire usted que escribir tres carillas para no decir nada de la fuga! De seguro que ya no se acuerda de semejante cosa. ¿Y qué diablos de sombra sería la que se le apareció en la iglesia?.. ¡Bah!.. Yo no entiendo ni una palabra de cuanto dice.

— Presumo — advirtió Luis — que esa sombra sería alguna mujer. Algunas veces se lo he dicho; si te enamoras, ha de ser de golpe y porrazo; sin duda es eso.

— Bueno estará Montero enamorado. ¡Pobre mujer la que caiga por su banda! ¿Y usted, señora, qué dice á todo esto?

— Digo que no debemos desairar la invitación que nos hace. Ese loco tiene un gran corazón, y es preciso complacerle. Vamos, pues, á San Juan de Luz, puesto que nos espera.

— Maestro — dijo Luis levantándose de la mesa, — está dada la orden; á San Juan de Luz.

— Yo siempre tengo hecha mi maleta — contestó el músico — y además, este viaje me agrada en extremo. Lo que es ahora, no se escapará sin explicarnos el misterio de la fuga.

Entre tanto el comisario de policía redoblaba la vigilancia, seguro de que Montero no había podido escaparse, y que, por consiguiente, caería al fin en sus manos.

CAPÍTULO IX

DOBLE COMLOT

Conociendo la naturaleza temeraria del coronel Montero y su indómita propensión á desafiar los peligros, habría sido imprudente negarse á su deseo. Montero había faltado muchas veces á los juramentos que como militar tenía prestados. De otra manera no hubiera podido conspirar y sublevarse tantas veces como las ambiciones desatentadas de los partidos políticos le ofrecían ocasión de jugarse la cabeza. Mas por una singular contradicción, como si la nobleza instintiva de su carácter quisiera tomar desquite de la infamia de sus perjurios, había dado á su palabra un valor irrevocable. Era preciso que el cielo se viniera abajo para que el coronel Montero no cumpliera lo que una vez había prometido... Era, pues, evidente que si Luis, por lo menos, no se presentaba en San Juan de Luz con la urgencia que la carta exigía, el coronel, con su loca audacia, arrostrando todos los peligros, volvería á Madrid á dar con su persona testimonio de que sabía cumplir su palabra.

En cualquier otra época este hombre de corazón impávido y de voluntad incontrastable habría sido un héroe, Hernán Cortés, por ejemplo; pero en la época presente su gran celebridad no pasaba de los límites de la que el mundo concede con desdeñosa admiración á las cabezas destornilladas. Su genio inquieto y atrevido no encontraba el camino de las grandes empresas, y se ejercitaba en toda cla-